

Organizaciones de protesta: un ensayo de revisión de las teorías clásicas

Protest Organizations: An Essay Reviewing Classic Theories

Edgar Guerra

Centro de investigación y Docencia Económicas CIDE
edgar.guerra@cide.edu

RESUMEN

El presente ensayo se pregunta por los supuestos metateóricos que condicionan el estudio de la organización en el campo de los movimientos sociales. Para responder la pregunta, prosigo a través de un objetivo específico: describir la infraestructura epistemológica y metateórica de las escuelas de movimientos sociales, en especial sus elaboraciones sobre el proceso de organización para identificar los elementos comunes y las diferencias en la forma en que elaboran el concepto de organización. Los resultados muestran diferencias a nivel ontológico, epistemológico y antropológico entre los distintos marcos teóricos. Por ello, el ensayo propone algunas líneas de trabajo.

PALABRAS CLAVE

Organización; protesta; teoría movimientos sociales; análisis metateórico.

ABSTRACT

The essay ponders the meta-theoretical assumptions that condition the study of organization in the field of social movements. To address this question, I present a specific objective: to describe the epistemological and meta-theoretical infrastructure of the schools of social movements, particularly their discussions on the organization process in order to identify common elements and differences in the way they construct the concept of organization. The results show differences at the ontological, epistemological and anthropological levels among theoretical frameworks. For this reason, the essay outlines a few lines of research.

KEYWORDS

Organization; protest; social movement theory; metatheoretical analysis.

INTRODUCCIÓN

PROTESTA Y ORGANIZACIONES, LA DISCUSIÓN ACTUAL

A primera vista, parece que el campo de la investigación sobre los movimientos sociales y los estudios organizacionales han tenido un desarrollo paralelo con muy pocos momentos de convergencia. Los estudios organizacionales se han enfocado principalmente en el análisis de organizaciones con una estructura jerárquica y formal, que cuentan con programas estrictos y delimitados en sus objetivos, con estructuras institucionalizadas de autoridad y, por tanto, mecanismos formales y burocratizados de toma de decisiones que instruyen el desempeño de sus operaciones. Además, son organizaciones que operan en un contexto de relativa estabilidad y adaptación a su entorno (Davis y Zald, 2005). En contraste, la investigación empírica en los movimientos sociales ha enfatizado el análisis de las características efímeras y espontáneas de los movimientos sociales, así como su carácter “emergente”, los límites imprecisos de sus fronteras, y la contingencia de objetivos y estrategias de los movimientos. En ese sentido, a diferencia de las organizaciones formales, los movimientos sociales desarrollan estructuras horizontales y bastante flexibles de autoridad y, esencialmente, dirigen sus esfuerzos hacia actividades de disrupción y protesta (Davis *et al.*, 2005). De ahí que, desde la literatura, sean abundantes los argumentos en el sentido de que, mientras los estudios organizacionales centran sus investigaciones en la acción instrumental y organizada, la investigación de los movimientos sociales ha invertido sus esfuerzos en la observación de fenómenos menos estructurados, espontáneos y desorganizados (Morris, 2000).

Estos argumentos parecen tener su fundamento en las visibles y evidentes —desde la perspectiva del lego— características de ambos objetos de investigación: tanto de las organizaciones formales como de los movimientos sociales. En el fondo, sin embargo, son expresión de las herramientas conceptuales pero, sobre todo, de los supuestos cognitivos y normativos que se encuentran detrás de un determinado modelo de acción colectiva. No es ninguna sorpresa que a las teorías sobre movimientos sociales, como la Movilización de Recursos (McCarthy y Zald, 1990) o el Proceso Político (Tilly, 1978; Tarrow, 1998), les subyazca un modelo racional e instrumental de la acción individual y colectiva, mientras que, en contraparte, los distintos enfoques constructivistas, como el proceso de enmarcamiento (Snow *et al.*, 1986; Benford y Snow, 2000; Snow y Benford, 1988) y paradigmas de Nuevos Movimientos Sociales (Melucci, 1989; Japp, 2006; McAdam, 1994) parten de modelos de acción más complejos, que van más allá de los incentivos y las oportunidades y, por tanto, incluyen en el análisis elementos de la vida cotidiana como valores, normas, identidades y procesos de interpretación de la realidad. De ahí que en la teorización e inves-

tigación empírica aparezcan como entidades distintas y distantes. Sin embargo, presentar las diferencias y límites entre los estudios organizacionales y la investigación de movimientos sociales en oposición tan radical resulta un despropósito. Desde los primeros desarrollos teóricos en los estudios de movimientos sociales, la Teoría de Movilización de Recursos ha centrado sus esfuerzos analíticos en la organización del movimiento social (McCarthy y Zald, 1990). Estos primeros conocimientos teóricos fueron fructíferos en la investigación empírica y detonaron un amplio desarrollo teórico sobre el fenómeno de la organización de la protesta. Cabe decir que estos trabajos fueron influidos por los estudios organizacionales. De hecho, algunos de los conceptos y estrategias analíticas de la teoría de la movilización de recursos vinieron directamente de los estudios organizacionales, de gestión o de administración (Jenkins, 1983). Más recientemente un grupo de trabajo ha señalado las coincidencias presentes entre los estudios organizacionales y de los movimientos sociales (Davis *et al.*, 2005). Su postura aboga por romper las barreras entre ambos campos de estudio y descubrir maneras fructíferas de conciliar los conceptos y miradas entre ambos campos de investigación (Davis y Zald, 2005).

La discusión, sin embargo, dista de estar zanjada y la literatura muestra dos posiciones: la que sostiene la imposibilidad de conjuntar ambas literaturas dada su distancia fenoménica y la que apunta a una conciliación analítica, que parte del supuesto de que, si bien se trata de dos fenómenos distintos, es posible encontrar ciertas características y, sobre todo, complementariedades entre la organización y el movimiento. En esa dirección, Davis y Zald, (2005) han señalado la diferencia innegable entre ambos fenómenos, que incluso debe abordarse multidisciplinariamente, tanto desde el campo de los movimientos sociales como desde los estudios organizacionales, en una suerte de división del trabajo. Su argumento es que, mientras los estudios organizacionales se centran en las organizaciones formales que operan en los ámbitos o sectores especializados, los movimientos sociales, por el contrario, son fenómenos colectivos emergentes y desafiantes que apuntan a problemas más amplios de la sociedad. En este sentido, son fenómenos distintos, pero no distantes.

Sin embargo, lo anterior no significa, en modo alguno, que no existan problemas comunes, teóricamente convergentes, que posibiliten campos coincidentes de investigación empírica y construcción conceptual. De hecho, en la literatura sobre organizaciones, el cambio teórico hacia un enfoque de sistemas abiertos ha permitido incluir en la teoría y la investigación empírica el entorno de las organizaciones, lo que significa no solo estudiar los recursos materiales y tecnológicos, sino también —y sobre todo— los entornos de la sociedad: los procesos y estructuras sociales, culturales y políticas. Partiendo de ello, es

innegable que existen correspondencias conceptuales entre los dos campos, aunque el énfasis y el significado de estos conceptos aparezcan por momentos como radicalmente distintos.

En ese sentido, es obligado observar otra coincidencia conceptual: mientras las organizaciones formales funcionan incrustadas en lógicas institucionales —en ideologías dominantes y marcos cognitivos compartidos dentro del ecosistema organizacional— (Davis *et al.*, 2005), los movimientos sociales construyen sus propios marcos de significado para dar sentido a su acción, solo que estos marcos tienen una dimensión de desafío a las ideologías dominantes, y una construcción de valores y creencias compartidos que se encuentran en conflicto frente a los marcos hegemónicos. Finalmente, mientras que las organizaciones formales operan construyendo contextos rígidos, formales e institucionales que proporcionan restricciones y oportunidades, los movimientos sociales operan en contextos flexibles, informales y no institucionalizados —al menos de manera formal (McAdam y Scott, 2005).

Hasta ahora, la discusión tiene visos de mostrarse difícil de concluir. Esto no solo obedece a las diferencias fenoménicas, sino, sobre todo, a los supuestos que subyacen a la observación y elaboración teórica. Es necesario, por tanto, emprender una reconstrucción del discurso teórico sobre las organizaciones dentro de la teoría sobre movimientos sociales que permita entender, de mejor manera, la infraestructura de ese discurso. Hasta ahora, el lugar común es que organización y movimientos son dos entidades fenoménicas distintas, por lo que analíticamente es prudente su separación. Sin embargo, la academia ha dejado de lado una mirada que plantee un análisis que visibilice los supuestos ontológicos, epistemológicos, antropológicos, sociológicos y axiológicos que subyacen a la elaboración teórica y que, sin duda, estructuran la investigación en el campo.

El objetivo del ensayo será desmontar la estructura metateórica de los modelos sobre la organización de la protesta para explicar las tensiones que a nivel teórico hacen difícil la reconciliación de marcos, para comprender las posibilidades —si existen— de una mutua irrigación. El ensayo se pregunta por los supuestos metateóricos que condicionan el estudio de la organización en el campo de los movimientos sociales. Para responder la pregunta, prosigo a través de dos objetivos específicos: *a)* describir la infraestructura epistemológica y metateórica de las escuelas de movimientos sociales, en especial sus elaboraciones sobre el proceso de organización para identificar los elementos comunes y las diferencias en la forma en que elaboran el concepto de organización, y *b)* esto con el objetivo de apuntar algunas líneas de trabajo.

PROPUESTA DE ANÁLISIS

Cualquier breve revisión de la literatura científica nos remitirá a un sólido e ingente acervo de conocimiento sobre las formas de organización de los movimientos sociales. De hecho, existen numerosos ensayos teóricos que sistematizan y reconstruyen los principales conceptos y explicaciones en el campo (McAdam y Scott, 2005). Un campo que, a primera vista, muestra distintos y muy variados paradigmas analíticos, no tan fáciles de organizar. Para ello, es necesario recurrir a modelos metateóricos que permitan desmontar el proceso de organización de la protesta social.

Los modelos sobre la organización de la protesta social han estado subordinados a la teoría sobre los movimientos sociales (McAdam, McCarthy y Zald, 1996). La organización de la protesta social ha sido un componente importante de la teoría de los movimientos sociales. En algunos momentos ha sido central, como en la literatura sobre movilización de recursos. En otros, el tema de los recursos se ha visto como procesos residuales. El resultado ha sido un acervo amplio y diverso de conceptos que posibilita enfoques metodológicos y modelos conceptuales y comprensiones sistemáticas e integrales de la organización de la protesta social.

La producción de la diversidad teórica debe acompañarse de una reflexión sobre sus fundamentos, de tal suerte que la construcción teórica sistematice y sostengan de mejor manera sus axiomas, evidencia empírica y argumentos. Esto porque, como sabemos, a las explicaciones sobre la protesta y sus formas de organización le subyacen distintos presupuestos: desde concepciones epistemológicas y metodológicas, hasta concepciones distintas y distantes sobre la realidad. De hecho, a muchos de los modelos sobre protesta les subyace una antropología o varios modelos sobre la racionalidad de la acción colectiva, ya una racionalidad instrumental, o una racionalidad normativa y simbólica.

De acuerdo con Ritzer (1993), en el mercado de la teoría social existen tres líneas de trabajo sobre metateorización, necesarias para analizar la estructura de la teoría —si bien, Ritzer habla de la teoría sociológica—, las metodologías-conceptos o los datos. Las tres líneas de investigación metateórica han sido, de hecho, sumamente fructíferas. Sin embargo, en este artículo concibo la metateorización como ejercicio de reflexión sistemática de la teoría sobre sí misma, y que anuncia tres fines:

1. Como medio para conocer la teoría en su estructura interna y, en ese sentido, encaminar la producción científica hacia la construcción de una teoría más sólida (Cfr. Ritzer, 1975a, 1975b; Sorokin, 1928/1951 citados en Ritzer, 1993), o estructuras subyacentes a la teoría (Harvey, 1987) y

herramientas metateóricas generales (Alexander *et al.*, 1987) (Gouldner, 1973), hasta el análisis de los factores sociales y culturales que ejercen algún tipo de influencia intelectual.

2. La metateorización como instrumento para delinear los límites del horizonte teórico contemporáneo y, por tanto, encaminar la producción teórica hacia nuevos derroteros.
3. Finalmente, la metateorización como fuente de construcción de conocimiento para la producción de la propia metateoría. Los trabajos de Ritzer y la lógica teorética de (Alexander *et al.*, 1987) son, en ese sentido, paradigmáticos. En términos generales, el análisis metateórico ofrece herramientas útiles para conocer y evaluar críticamente las teorías existentes, lo que no solo permite una comprensión global de la estructura de la teoría, sino también, posibilita una producción teórica distinta.

El análisis que aquí emprendo parte de una exploración arqueológica de los principales paradigmas teóricos sobre la protesta y sus formas de organización. Como sabemos, la teoría se construye sobre distintos supuestos metateóricos, que sostienen y dan coherencia a la estructura conceptual y sus implicancias. La función de tal estructura metateórica es hacer las veces de premisas que sostienen los conceptos, las hipótesis y las tesis de la teoría. Por ello, es necesaria una arqueología y un análisis metateórico que desmonte la infraestructura del conocimiento sobre el fenómeno de la organización de la protesta y exponga sus distintas capas o niveles. Es necesaria una arqueología que desentierre los supuestos que subyacen a ese saber, ya que una gran parte del discurso sobre la protesta y sus formas de organización descansa en estos sedimentos. Con espíritu no exhaustivo, sino solo indicativo, señalo algunos puntos torales de los supuestos que informan la producción de conocimiento sobre el fenómeno de la protesta; a saber: los niveles ontológico, epistemológico, antropológico, sociológico y axiológico.

Mi propuesta analítica se diferencia, pero no se distancia, del análisis metateórico sobre el vínculo micro-macro (Alexander *et al.*, 1987; Ritzer, 1993). Se diferencia porque parte de categorías analíticas distintas para abordar el fenómeno, pero no se distancia porque justo la estructura analítica que propongo permite observar la conexión entre los supuestos sobre el actor y la racionalidad que subyacen a la teoría —lo que, en última instancia representa el nivel micro— Así como los supuestos sobre la sociedad o la política —que indudablemente refieren al nivel macro—. De forma similar procede el análisis metateórico de la relación entre acción y estructura (Cfr. Archer, 1988; Giddens, 2011). El modelo que propongo permite identificar los componentes en el

nivel antropológico, que refiere a una supuesta racionalidad en la acción de los individuos o en el nivel sociológico, que refiere a las formas de estructuración social. Finalmente, este esquema permite también satisfacer los requerimientos analíticos de Ritzer, (1993) que vislumbran tres niveles de análisis en lo social y, por tanto, de la construcción teórica: el micro, el meso y el nivel macro.

Para emprender el análisis me he valido, en términos metodológicos, de la categoría de paradigma. En la definición de Ritzer,

Un paradigma es una imagen básica del objeto de una ciencia. Sirve para definir lo que debe estudiarse, las preguntas que es necesario responder, cómo deben responderse y qué reglas es preciso seguir para interpretar las respuestas obtenidas. El paradigma es la unidad más general de consenso dentro de una ciencia y sirve para diferenciar una comunidad científica (o subcomunidad) de otra. Subsume, define e interrelaciona los ejemplares, las teorías, y los métodos e instrumentos disponibles (Ritzer, 1993).

En los análisis sobre las teorías de los movimientos sociales es común acometer, en términos metodológicos, el análisis de las teorías. De tal suerte, se analiza la teoría sobre movilización de recursos, el análisis de redes, o el proceso político. Sin embargo, esta tipología es un ejercicio sumamente restrictivo para el análisis metateórico ya que no visibiliza los elementos en común que tiene cada una de las teorías. De hecho, si el análisis abrevara de los elementos teóricos comunes que cada una de las teorías comparte, no solo se podría vislumbrar un nivel analítico de un orden más alto, sino que permitiría acometer el análisis de los supuestos metateóricos que aquí bosquejamos. Por ejemplo, la teoría sobre movilización de recursos y el análisis del proceso político comparten una definición clara sobre la protesta social, al entenderla como encaminada hacia las estructuras del sistema político. Más aún, si bien cada una acomete el análisis de elementos sociales específicos (los recursos y las oportunidades) lo cierto es que comparte una idea común sobre el carácter fundamental de la acción social y de su inmanente racionalidad de tipo estratégico e instrumental. O qué decir de la teoría de marcos o la del constructivismo social, en donde ambas comparten la noción del papel fundamental del individuo en la constitución y definición de lo social.

Si estamos buscando una breve revisión de la teoría de los movimientos sociales y sus organizaciones, y si buscamos una explicación más sistemática de las teorías modernas sobre la organización social entre este laberinto, debemos prestar atención a los cambios de paradigma y no tanto a los *cambios teóricos* con el fin de obtener una mejor comprensión de sus divergencias y

convergencias. Para lograr este objetivo, sería útil centrarse en las principales cuestiones y problemas que los diferentes cambios teóricos han tratado de responder y resolver. La propuesta de análisis tomará tres paradigmas que he llamado *del comportamiento colectivo*, *la racionalidad instrumental*, y *la racionalidad normativa-simbólica*. Dentro del segundo he colocado a las teorías de movilización de recursos y del proceso político; entre del tercero, a los modelos constructivistas y de identidad.

EL PARADIGMA DEL COMPORTAMIENTO COLECTIVO

Durante la primera mitad del siglo XX, las investigaciones sobre la protesta social en general, y sobre sus procesos organizativos en lo particular, se basaron en una antropología distante de las premisas de la acción racional. De hecho, el concepto de actor —y su supuesta racionalidad— es un supuesto teórico que no aparece en los escritos de la época y se sustituyó, por el contrario, por la idea de la masa. Incluso, el concepto de movimiento social, tal y como se entendió más adelante en la literatura, estuvo ausente de la discusión, ya que la teoría, al no partir de una antropología, difícilmente podía desplegar la racionalidad de la acción individual en racionalidad de acción colectiva. Los hechos empíricos que se estudian y explican en la literatura fueron, no movimientos sociales, sino disturbios, motines y revueltas (Smelser, 1966).

Desde el punto de vista epistemológico, el estudio de la protesta social parte de una perspectiva positivista y empirista. De hecho, es justamente la posibilidad de entender el mundo social como una realidad ontológica, lo que permite encaminar la investigación hacia el estudio de los comportamientos de los individuos. La perspectiva de la psicología de masas (LeBon, 2007) en primer lugar, y más tarde las teorías de la sociedad de masas (Kornhauser, 2008), la teoría de la privación relativa (Merton, 1938; Gurr, 1971) y la teoría del comportamiento colectivo (Blumer, 1951; Turner y Killian, 1972; Smelser, 1966) fueron los principales esfuerzos teóricos que buscaron entender los acontecimientos colectivos y contenciosos desde la perspectiva del fenómeno de masas. Para el enfoque de psicología de masas, los individuos que participan en movilizaciones o que se movilizan durante los disturbios no eran actores racionales en lo absoluto —en el sentido de actores que persiguen objetivos y desarrollan la estrategia correspondiente— sino, por el contrario, individuos que se involucraban en manifestaciones sociales, más como una respuesta a sus sentimientos y emociones, y más como una reacción ante las condiciones sociales de opresión y fuera de su control en que desarrollaban su vida cotidiana. Para Gustave Le Bon (2007), uno de los analistas más influyentes de este enfoque, la masa es

un fenómeno social que resulta de las condiciones de privación y frustración de los participantes. En efecto, el enfoque parte justo de una antropología en que el individuo ha perdido toda capacidad de pensamiento racional para entender las causas de sus malestares. Además, tal falta de racionalidad le hace susceptible de ser víctima de la influencia de líderes carismáticos. De hecho, la participación de los individuos en las protestas —o disturbios, como se les llama— ocurre menos por la búsqueda de cambios políticos y económicos a partir de una agenda o programa, que por la sensación de poder adquirida durante los disturbios. Una necesidad que, para los representantes de esta tendencia, obedece al impulso de satisfacer una necesidad psicológica.

Teóricamente, el *paradigma del comportamiento colectivo* consiste en una investigación de largo aliento que no se reduce a encontrar los resortes psicológicos de la acción colectiva, sino también, las causas estructurales. En este sentido, dentro de este paradigma surgieron teorías cuya pretensión de explicación era amplia y en la que incluían las transformaciones y tensiones dentro de la sociedad. De tal suerte, las teorías de la sociedad de masas, de la privación relativa o del comportamiento colectivo no solo enfocaron su análisis en los individuos, sus características psicológicas, emocionales e irracionales, sino también, y, sobre todo, se enfocaron en el análisis sobre las fuentes de la frustración y los problemas psicológicos que padecían los individuos de la masa. En este sentido, las teorías de la sociedad de masas encuentran en el proceso de modernización de las sociedades modernas los mecanismos que producen el comportamiento irracional en los individuos, tales como la pérdida de la identidad, la pérdida de significado en sus vidas y la disminución de la capacidad de tomar sus propias decisiones (Kornhauser, 2008). Cómo ocurren tales procesos es ampliamente discutido desde la perspectiva de la teoría de la privación relativa (Merton, 1938; Gurr, 1971). Aquí las protestas son consecuencia de un sentimiento de injusticia, privación y desigualdad, ante la imposibilidad de lograr cumplir las expectativas de vida que la propia sociedad impone a los individuos.

Aunque el *paradigma del comportamiento colectivo* de los estudios de los movimientos de protesta enfatizó a las movilizaciones sociales como fenómenos desorganizados, expresivos e irracionales que reflejaban las patologías de la sociedad, para algunos otros estudiosos como (Turner y Killian, 1972) la movilización colectiva era, en realidad, un comportamiento estructurado. Para esta línea teórica, dentro de las movilizaciones colectivas se encuentra una clara homogeneidad ideológica y cultural que enmarca las movilizaciones sociales y protestas. Más aun, dentro de este espacio aparecen fenómenos propios como *normas emergentes* y valores comunes (Turner, 1964). Tal vez esta idea de un cierto orden y estructura organizacional en el comportamiento colectivo tiene

su más nítida y clara definición en el contexto de un paradigma teórico más amplio: la del funcionalismo estructural. Por ejemplo, en la teoría del comportamiento colectivo, Smelser señaló que, aunque los motivos de carácter social de los partidarios de un movimiento están más influenciados por el pensamiento irracional y la histeria, hay algunas “creencias generales” y “tensiones estructurales” que juegan un papel importante en la constitución de la movilización social. De ahí que sobre la base de estos elementos suministran a las protestas cierta forma organizacional.

En realidad, no existe una explicación sistemática de las organizaciones de los movimientos sociales o la organización de la protesta en cualquiera de estas primeras teorías de la protesta social. En este paradigma teórico, organizaciones o protesta política o social organizada no fueron consideradas y ni siquiera eran parte del interés empírico de la investigación. Por ello, no es sorprendente que un esfuerzo serio para poner énfasis en las organizaciones estuviera ausente. Sería necesario para un nuevo paradigma teórico: la acción instrumental.

EL PARADIGMA DE LA RACIONALIDAD INSTRUMENTAL

A partir de la década de 1950, dentro de la investigación sobre los movimientos sociales inicia el *giro estratégico-instrumental*. Tres líneas de investigación se inauguran desde el nuevo paradigma: la investigación de los recursos necesarios para la organización y estabilidad de los movimientos sociales; la dinámica de la contienda política y, finalmente, el análisis de marcos culturales construidos por los propios movimientos. En cuanto a los supuestos, es en el nivel antropológico donde el cambio es total, pues se transita de un individuo cuya acción social se reduce a un comportamiento detonado por emociones y pasiones, a un individuo con una racionalidad plena, capaz de elaborar cálculos costo-beneficio y fines-medios para organizar y encaminar exitosamente las movilizaciones de protesta. En el camino, este individuo encauza su acción colectiva hacia la formación de coaliciones y hacia la construcción de una narrativa contrahegemónica que desafíe a las élites políticas y al *statu quo*. Los cambios se reflejan en tres tradiciones teóricas que pertenecen a este paradigma, a saber: la teoría de movilización de recursos, la perspectiva sobre el proceso político y la teoría sobre la construcción de marcos. Las analizo a continuación.

Teoría de movilización de recursos

La teoría de movilización de recursos parte de una antropología distinta y distante a las elaboraciones teóricas que le antecedieron. Aquí los individuos que integran las movilizaciones son actores capaces de acometer sus propios

análisis sobre el contexto de la movilización y, por tanto, de tomar decisiones racionales, especialmente, aquellas que maximicen la utilidad y el logro de objetivos a través del empleo eficiente y eficaz de los recursos de protesta.

A partir de ese momento, se privilegió el entendimiento del actor racional y su capacidad para ponderar los recursos materiales y simbólicos necesarios para organizar, movilizar y protestar en las calles. Dentro del paradigma estratégico-instrumental comenzó a ser operativa la pregunta por el *cómo*. En especial, se abordó el análisis de los mecanismos internos de la protesta social: ¿cómo ocurre la movilización social?, ¿qué tipo de recursos y procesos organizativos la mantienen y permiten alcanzar sus metas, lograr sus objetivos y conquistar sus demandas? (Melucci, 1985: 792).

Un cambio significativo más, en el nuevo paradigma, es el supuesto sociológico, es decir, el entendimiento sobre la relación estructura/individuo, así como el todo y sus partes. A diferencia del paradigma del comportamiento colectivo, que veía en las tensiones estructurales de la sociedad la clave para explicar las tendencias pasionales e irracionales de la protesta social, en el paradigma estratégico/instrumental, en general, y en especial, en la teoría sobre la movilización de recursos, en autores como (McCarthy y Zald, 1990) es interesante observar que los movimientos sociales ya no aparecen como un tipo de patología de la sociedad y de sus estructuras disfuncionales, sino como un caso *normal* y un elemento común de la dinámica de un sistema político. Incluso se les entiende, ya no como un caso de comportamiento colectivo, sino como una forma de acción colectiva, lo que muestra el esfuerzo por enfatizar la racionalidad de la acción social. Al mismo tiempo, en la narrativa del nuevo paradigma los integrantes y simpatizantes de los movimientos sociales no se conciben como los perdedores del sistema —individuos frustrados e integrantes disfuncionales de la sociedad—, sino como miembros integrados en los diferentes niveles de la sociedad, en especial en movimientos sociales y organizaciones de la sociedad civil (Kriesi, 1996), lo que les permite incidir en el rumbo de la política y la sociedad. De tal suerte, en el nivel sociológico, la relación entre movimientos aparece como una relación de conflicto entre intereses contrapuestos entre distintos grupos sociales y en que el sistema político se convierte en el mecanismo capaz de canalizar el conflicto, reducir la tensión y, eventualmente, integrar de mejor forma a los integrantes del sistema social.

La búsqueda de los mecanismos que subyacen a los movimientos sociales no significó un cambio sustancial en el nivel epistemológico. La impronta positivista y empirista se mantuvo como parte del método. Lo que cambió fue la dirección de la investigación que, como ya se dijo, se reorientó no tanto por las causas profundas sino por los mecanismos subyacentes. Pero estos mecanis-

mos continuaron investigándose desde una perspectiva empirista. Por lo tanto, la variable explicativa para generar un mejor entendimiento de la movilización y la acción colectiva se buscó en los recursos y especialmente en el uso estratégico de estos. La organización y movilización social fue, por lo tanto, una función de los recursos organizacionales y, como punto principal, una cuestión de cómo los actores colectivos los usan e instrumentalizan —en una dinámica altamente racional—. Los diferentes tipos de recursos, su repentino incremento, la disponibilidad para una amplia gama de grupos y organizaciones y la profesionalización y gestión en el uso de estos recursos establecieron las condiciones que desarrollaron la movilidad de los ciclos de protesta y contención que caracterizaron el ascenso de los movimientos sociales (McCarthy y Zald, 1990). En este sentido, la movilización social aparece como un concepto que muestra cómo un actor colectivo organizado se apropia y toma el control de los recursos sociales, cómo este actor dirige estos recursos hacia tareas de movilización y actividades contenciosas e incrementa estos recursos mediante la instrumentalización de los factores externos (Kriesi, 1996). Por lo tanto, eran de la mayor importancia en el desarrollo y mantenimiento de las protestas, el logro de sus objetivos y la disolución del problema de los *free rider* (Jenkins, 1983).

La teoría de la movilización recursos se difundió exitosamente en los estudios de la protesta social, aunque su concepción de la organización de un movimiento social estaba más relacionada con el concepto de una “empresa capitalista” (Jenkins, 1983). Esta característica del enfoque teórico queda evidente en la mayoría de sus conceptos, los cuales están altamente impregnados con el vocabulario de disciplinas como la administración de empresas y por conceptos y premisas teóricas del paradigma de elección racional.

Sin embargo, precisamente porque las organizaciones solían aparecer con recursos y, al mismo tiempo, ingresaban en una dinámica de profesionalización, los estudios observaron que las organizaciones del movimiento social solían competir entre sí con el fin de obtener y diversificar sus recursos, ya fuesen materiales (financieros, de estructura) o simbólicos (autoridad, confianza, compromiso moral) entre los posibles simpatizantes. Es interesante observar, a través de la literatura, un proceso de politización de los movimientos: una mayor profesionalización de las organizaciones, una mayor especialización de sus operaciones, la búsqueda de temas de protesta más redituables y la adopción de mejores estrategias, principalmente en la política. Y precisamente sobre la base de esta caracterización de las organizaciones de movimientos sociales, el modelo de la Teoría de Movilización de Recursos pronto encontró un espacio de desarrollo en el ámbito político, y un tránsito hacia el análisis de la contienda política.

Teoría del proceso político

En términos epistemológicos, el paradigma estratégico-instrumental partirá de una epistemología empirista y positivista. Esto no debe causar sorpresa, pues corresponde de forma clara con la propia antropología que le subyace. Si el individuo es un actor capaz de calcular el curso de su acción con el fin de alcanzar metas, lograr objetivos y conquistar demandas, luego entonces se requiere de un instrumental epistemológico que permita la observación de esa realidad, así como la descripción, sistematización, análisis y elaboración de teorías a partir de los datos. Mas aún, en correspondencia con una idea de ciencia social positivista, el análisis desde este paradigma se enfocará en encontrar la variable independiente que permita explicar la acción colectiva. Si en la teoría de movilización son los recursos —así como su administración y organización— el mecanismo que permite articular la acción colectiva, la teoría del proceso político buscará la variable explicativa no hacia el interior de la protesta social, sino en su entorno. En efecto, a diferencia de la perspectiva de movilización de recursos, el proceso político no responderá a la pregunta por el *cómo*, sino a la pregunta por el *cuándo* o, en otras palabras, ¿en qué momento detonan las movilizaciones de protesta? (Tarrow, 1998). Si los agravios ya existen, si los recursos se encuentran ahí, ¿qué tipo de evento debe ocurrir para que las movilizaciones comiencen? La respuesta será: al momento en que se dan las oportunidades políticas para la movilización. La respuesta, como sabemos, fue más compleja, ya que las oportunidades son un concepto que consiste en realineamientos de élites, formación de aliados, etcétera. Sin embargo, lo interesante fue la estructura de la explicación. Para explicar los movimientos sociales (*explicans*) la teoría del proceso político encuentra en el sistema político en general, y en las oportunidades políticas en particular, la variable independiente (*explicandum*). De tal suerte, el proceso político recurre, como sus antecesores, a una estructura de la explicación y a una concepción de la realidad y de la forma de aprehenderla que corresponde a la ciencia positiva.

Sociológicamente, a la teoría del proceso político le subyace el supuesto de una sociedad estructurada con base en el conflicto, en donde el sistema político aparece como el principal elemento de orden. Por ello, la teoría no solo responde a la pregunta de *cuándo* ocurren las movilizaciones, es decir, la coyuntura política que detona la movilización, sino también, se pregunta *cómo*, una vez que la movilización inicia, el sistema político y el Estado influyen en la frecuencia, en la forma de la protesta y en su intensidad. De igual manera, comienza a ser más claro que tanto el sistema político como el Estado se convierten en los objetivos y las fuentes de descontento y protesta social (McAdam, McCarthy y Zald, 1996). Esta visión de los movimientos y la protesta

permite entender a los movimientos sociales como actores que son parte de la contienda política sin que, paradójicamente, se politicen, dado que la movilización y su espacio ocurre fuera de las instituciones políticas. Sin embargo, como actores racionales pueden incidir en el curso de la política, a través del uso racional de los recursos, el uso estratégico de las oportunidades políticas, lo que disminuye los costos y riesgos de la acción colectiva. Además, este proceso adquiere una dinámica que, eventualmente, podría transitar de la movilización hasta la revolución (Tilly, 1978). En este sentido, también es evidente, desde esta perspectiva, que la relación entre individuo y estructura social da mayor peso al primero.

Cabe decir que la teoría del proceso político no soslaya los problemas empíricos y las aportaciones conceptuales de la teoría de movilización de recursos, sino que los incorpora de forma más armónica a su propia elaboración teórica. Por lo tanto, el surgimiento de oportunidades políticas, por un lado, y el uso racional de los recursos de la organización, por otro, se estructuran en la explicación de la protesta social. Sin embargo, a diferencia de la teoría de la movilización de los recursos (McCarthy y Zald, 1977), los recursos no son solo externos, sino que se encuentran también fuera del control de los integrantes de las movilizaciones. En efecto, tanto los recursos como las oportunidades políticas dependen de los principales cambios y características del sistema político, si bien el éxito de la movilización social depende del uso estratégico de estos recursos y la evaluación de la movilización en términos de costo-beneficio.

La teoría del proceso político pronto enfrentó duras críticas. El argumento más incisivo frente a este modelo es el supuesto de que los actores y organizaciones de protesta pueden visualizar, reconocer y utilizar ciertas oportunidades políticas, como si fueran estructuras objetivas en la sociedad. Por supuesto, esta crítica era efecto del supuesto epistemológico y ontológico que subyace a la teoría del proceso político. Sobre la base del modelo del proceso político, había una concepción mecánica de la acción colectiva que se entendía como una reacción a las estructuras objetivas de la realidad social. Pronto algunos estudiosos señalaron que estas oportunidades tuvieron que ser reconocidas por los partidarios del movimiento social a través de un proceso subjetivo de comprensión. Sin duda una concepción que implicaba un enfoque más fenomenológico e incluso construccionista para la protesta social. Los teóricos del proceso político fueron receptivos a esta crítica y, al igual que con Tarrow, incluyeron elementos culturales en sus desarrollos teóricos en sus propias explicaciones de la protesta. Sin embargo, a pesar de que los elementos culturales y simbólicos se volvieron parte de los modelos explicativos, en términos gene-

rales, la perspectiva estructural y racional —en el sentido de una evaluación costo-beneficio— se mantuvo. Por ejemplo, (Tarrow, 1998) expandió su modelo e introdujo *redes informales* —como ya había sugerido (Tilly, 1978: 317)— *marcos culturales* y *repertorios de contención*, elementos que, sin embargo, todavía se evaluaron de acuerdo con los criterios de costos y eficiencia y por lo tanto mantuvieron su sesgo estructural. Pronto estos dilemas y problemas fueron enfrentados y un enfoque más sistemático, integral y constructivista para los elementos culturales y simbólicos de la movilización y organización de la protesta social surgieron.

En síntesis, el análisis sobre los recursos de la protesta, sobre la capacidad de incidir en lo público y la idea subyacente sobre la racionalidad estratégico e instrumental permitió el tránsito del concepto de masa hacia actor y del término comportamiento, por el de acción. Bajo el nuevo paradigma, las manifestaciones de protesta aparecen en la literatura como integradas por actores racionales y colectivamente organizados, los cuales manifiestan objetivos políticos y sociales específicos. En el fondo, lo que comparte el paradigma en todos sus desarrollos teóricos es el supuesto antropológico sobre un actor social con racionalidad. Una racionalidad del tipo instrumental, que permite maximizar los recursos y una racionalidad del tipo estratégico, que permite calcular los resultados y consecuencias de la acción. Tal racionalidad y capacidad de incidencia de la acción colectiva es la condición de posibilidad, bajo el nuevo paradigma, para detonar cambios profundos en la sociedad contemporánea. Y aunque desde la teoría del proceso político se incorporan elementos culturales y de construcción de sentido subjetivo, la mirada de los procesos culturales aun subyace una fuerte ontología y epistemología realista que ve a la cultura como una dimensión objetiva capaz de ser observada y medida. Para entender los procesos de organización, la cultura solo adquiere sentido si se le observa como un medio que los actores colectivos emplean para alcanzar objetivos. El concepto de “estructura de oportunidades culturales” es quizá la cristalización de esta mirada (McAdam, 1994). Aun así, la incorporación de la cultura cambió la senda de las teorías de los movimientos sociales, en especial de los procesos organizativos, al colocar el énfasis en la producción de nuevos componentes y promover una nueva síntesis en ambos aspectos: el de las dimensiones estratégicas de acción social y cultural (Oberschall, 1995; McAdam, McCarthy y Zald, 1996; Tarrow, 1998; Porta y Diani, 2005).

EL PARADIGMA DE LA RACIONALIDAD NORMATIVA-SIMBÓLICA

El giro constructivista

En esa dirección es que la Escuela de Chicago contribuyó al análisis de la protesta en general, y de sus formas de organización en particular. Ya desde algunos años atrás, Herbert Blumer (1971) había demostrado cómo la definición de los problemas sociales descansaba en procesos de interacción e interpretación, una tesis que introdujo un cambio en el entendimiento de las relaciones entre la movilización, problemas sociales y oportunidades de protesta. Quizás el concepto más importante que acuñó el Interaccionismo Simbólico al estudio de la protesta social fue el concepto de *marco*, desarrollado por el sociólogo Irving Goffman (1974) en su trabajo *Frame Analysis*. Para Goffman, los marcos son estructuras conceptuales que funcionan como medio para percibir, experimentar, organizar e interpretar el mundo social.

El desarrollo del *paradigma de los marcos* centró sus esfuerzos en el análisis del proceso interpretativo que los movimientos sociales —y, cabría decir, las organizaciones del movimiento— acometen para otorgar de sentido a su acción y para construir un campo de significados para sus seguidores. Esto condujo a un cambio enorme en las teorías del movimiento social y sus organizaciones (Snow y Benford, 1988; Snow *et al.*, 1986). En el tema que aquí interesa, el análisis de las organizaciones de movimientos sociales se centrará, a partir de entonces, en entender cómo se definen las estrategias, se organizan las experiencias de protesta y se construye, hacia el público, una definición de la situación con miras a orientar y motivar la acción colectiva. El análisis de los marcos (Snow y Benford, 1992: 137) permitió estudiar los procesos de alineación entre la orientación interpretativa de las personas y los marcos interpretativos construidos y promovidos por las organizaciones de un movimiento social. Estos marcos proporcionaron a los simpatizantes de los movimientos sociales las perspectivas de significado que son necesarias para sus luchas y protestas; tales tareas de construcción de marcos de interpretación se realizan a través de distintas fases, que conducen a la constitución de diferentes tipos de marcos con funciones diferenciadas. Por ejemplo, antes de que comience cualquier proceso de movilización, las organizaciones de movimientos sociales proponen y construyen un “marco de diagnóstico”, cuya función es identificar y definir un “estado injusto de las cosas”. Más adelante, las organizaciones de movimientos sociales se involucran en la construcción de un conjunto de soluciones para resolver ese problema —un marco de pronóstico— y, finalmente, para motivar a las personas que comparten este diagnóstico y propuestas para movilizarlos a fin de lograr las metas —marco de motivación— (Snow y Benford, 1988; Snow *et al.*, 1986).

En este sentido, para aquellos actores involucrados en eventos de movilización, el mundo se interpreta principalmente a través de los lentes y filtros proporcionados por esos marcos culturales elaborados y comunicados por las organizaciones del movimiento social y sus líderes. Aunque dentro del enfoque del análisis de marcos hay un fuerte énfasis en el carácter estratégico de la construcción de marcos interpretativos —una tarea que era un objetivo principal para el éxito de la protesta social— pronto el tema de la “identidad” se introdujo en la explicación de la movilización social. Este fue un importante paso adelante en una concepción más amplia de la acción colectiva, por lo que planteó un modelo más complejo que implicaba la constitución de identidades no solo como medio instrumental, sino también como un elemento de la constitución de lo social. Por lo tanto, en esta perspectiva de análisis, se reconoció que los marcos culturales no se desarrollaron solamente de forma estratégica por las organizaciones del movimiento social y sus líderes con el fin de interpretar la realidad y motivar a la gente a unirse a la movilización social, sino también para consolidar las identidades entre los grupos y miembros, un proceso que da lugar a “campos de identidad” (Hunt, Benford y Snow, 1994).

Sin duda, aunque hay un uso estratégico de los marcos, lo cierto es que los supuestos que subyacen a esta perspectiva contienen elementos de una tradición sociológica más cercana a la fenomenología y a la filosofía del lenguaje. En ese sentido, en esta perspectiva de análisis los supuestos epistemológicos y ontológicos se distancian de las posiciones realistas y objetivistas y se acercan más a nociones constructivistas. Más aun, es claro que ocurre una traslación epistemológica desde un modelo *explicans/explicandum* hacia un marco relacional.

El giro hacia la identidad

Mientras que la tradición estratégica e instrumental llegaba a sus límites, un cambio teórico comenzó sobre las bases de las identidades y las cuestiones de autonomía. Con la perspectiva de los *nuevos movimientos sociales* o el *paradigma de identidad* la investigación se encaminó hacia el análisis de los procesos de construcción y constitución de identidades colectivas, así como de transformación de valores, normas y emociones. De ahí que, desde este horizonte de trabajo, las preguntas, la metodología y las perspectivas teóricas observaron más profundo en la anatomía de la sociedad moderna, en sus problemas y tensiones, así como en el papel de los movimientos sociales y su dinámica interna (Alberoni, 1984; Touraine, 1988, 1995; Melucci, 1989, 1996; Cohen, 1988).

En el nivel antropológico, el paradigma de los nuevos movimientos sociales empleó un modelo bastante complejo de la acción social. Este modelo destacó el papel de las habilidades estratégicas de los actores sociales, pero también

tomó en cuenta la construcción y definición de las identidades colectivas alternativas —que no dependerá más de ninguna posición de clase—, los procesos de interpretación y elaboración de valores —que no son exclusivamente valores materiales, sino, como (Inglehart, 1977) los llamó, valores postmateriales—, de normas e incluso de emociones. Desde este paradigma resultó importante el análisis de las nuevas características de los movimientos sociales, así como el mayor grado de libertad de sus partidarios, no solo para definir el curso de sus vidas, sino también para definir sus propias identidades y espacios vitales, sus formas de organización, sus mecanismos descentralizados de toma de decisiones y su mayor capacidad para reflexionar y criticar. Para nuestros propósitos, tal vez el aspecto más importante de la nueva tendencia teórica fue el enfoque en las “organizaciones formales” de los movimientos sociales y, en especial, de sus vínculos a “redes sociales”, “incorporadas en la vida cotidiana” (Melucci, 1989, 1996).

En *Nómadas del Presente* Melucci (1989) pone énfasis en la era de la información y el control que los sistemas tecnológicos, políticos y de información con el fin de entender procesos como la pérdida de sentido. Sobre la base de estos problemas estructurales de la sociedad, los movimientos sociales emergen de las profundidades de la vida cotidiana; un espacio en el que los individuos pueden desarrollar sus propias identidades, construir nuevos códigos de significado y un programa opuesto y utópico contra esos sistemas de control. Para Melucci, la constitución de los movimientos sociales muestra dos fases principales: un momento de latencia y un momento de visibilidad. Y es en este momento de *latencia* donde el concepto de redes, organizaciones y áreas de un movimiento son más fructíferas.

Como en todo movimiento social, hay organizaciones de movimientos sociales que tienen la función principal de controlar y movilizar los recursos de protesta. Sin embargo, estas organizaciones son solo *visibles* en el momento de la protesta. El momento latente puede encontrarse en la vida cotidiana (Melucci, 1985, 1989, 1996). Estas redes culturales son una especie de laboratorio para la innovación cultural. Aquí, los individuos desarrollan identidades alternativas, diferentes relaciones sociales, visiones del mundo y códigos culturales sobre la base de sus interacciones y el procesamiento de la información. Estos horizontes alternativos de significado no solo son diferentes a los códigos dominantes ya establecidos en el sistema político, los medios de comunicación o la ciencia, sino que también tienen un carácter desafiante y una relación conflictiva hacia esos códigos. Estos códigos alternativos son el marco general que las personas emplean para interpretar su mundo, sobre todo en *redes culturales* y más tarde en los movimientos sociales. Más aun, según Melucci, existe una relación inhe-

rente entre la latencia y visibilidad, redes y organizaciones, mensajes simbólicos y sistemas de acción. Por lo tanto, en las redes culturales incrustadas en la vida cotidiana, los futuros movimientos construyen, a través de un proceso de interacción, negociación y conflicto, no sólo las identidades y los marcos simbólicos alternativos y culturales, sino también marcos para interpretar y actuar en el mundo durante la etapa de la visibilidad (Melucci, 1996). De ahí la obligación de estudiar las organizaciones formales y redes culturales en la vida cotidiana.

CONCLUSIONES

TEORÍAS CLÁSICAS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y EL CAMBIO SISTÉMICO

Después de la breve revisión sobre las teorías de los movimientos sociales y el papel de las organizaciones, resulta evidente que todos los enfoques descansan en una base antropológica compuesta por la dupla racionalidad/acción. En efecto, las teorías de los movimientos sociales abordan la protesta y la organización de la protesta sobre la base del análisis de personas individuales que actúan en conjunto, se comunican entre sí, se organizan y coordinan con el fin de realizar diversas tareas y lograr sus objetivos. Más aun, sobre la base de esa antropología, la idea de un individuo con racionalidad y capacidad de acción, las teorías de los movimientos sociales aportan herramientas teóricas y metodológicas para el análisis de la organización de la protesta, desde el punto de vista de una idea específica de las *ciencias sociales*, es decir, desde una particular epistemología.¹

Esta infraestructura antropológica y epistemológica, aparece en todas las teorías de los movimientos sociales y puede ser clasificada en 4 principios fundamentales.

1. Se postula un individualismo metodológico como la principal estrategia para el análisis y la observación de caso, cuya fuente es, como hemos visto, este principio antropológico sobre el individuo racional y con capacidad de acción.
2. Es ese actor el principio articulador de lo social, dado que es a través de su racionalidad y de sus capacidades de cooperación o conflicto, que da paso a la construcción del espacio social.

1 Para una crítica más detallada de las teorías de los movimientos sociales clásicas véase Estrada Saavedra (2012), una publicación que también presenta estudios empíricos que hacen uso de un modelo de sistemas sociales para el estudio de la protesta social.

3. En estos modelos teóricos, casi siempre la realidad social aparece como una certeza. Tanto la acción humana y las protestas colectivas tienen lugar en el mundo, lo que de una u otra manera, condiciona una mirada, hasta cierto punto, positivista del movimiento social.
4. En este sentido, las herramientas teóricas y analíticas están dirigidos a la observación de la distinción entre el sujeto y la acción desde una epistemología que privilegia la observación, la explicación y la intervención.

Este modelo basado en la acción y su idea específica de las ciencias sociales ya ha sido criticado desde la teoría social, en general, y las teorías de los movimientos sociales, en particular. Relevante en este sentido ha sido el cambio teórico que los principales representantes del paradigma del proceso político, principalmente Doug McAdam, Sydney Tarrow y Charles Tilly, han hecho con respecto a las antiguas perspectivas teóricas. En su *Dynamics of contention*, McAdam, Tarrow y Tilly (2001) critican todo el paradigma de análisis de la acción colectiva contenciosa y proponen un cambio radical en los modelos. En términos generales, el principal objetivo de su crítica es la lógica de la explicación del proceso social que se centra en la búsqueda de relaciones causales y el concepto de *actor* —que entienden como un concepto que limita la explicación de la protesta social—. Los autores sugieren hacer uso del paradigma de *mecanismos* como marco principal de las explicaciones y del principio de *persuasión relacional* como estrategia para redefinir el actor y no considerarlo un ser o entidad, sino una *construcción contingente*. Por otra parte, su crítica llega al corazón de los principales supuestos de las antiguas teorías sobre los movimientos sociales; supuestos que aquí hemos revisado, el ontológico, antropológico, sociológico y normativo.

Finalmente, si observamos la lógica argumentativa de esas construcciones teóricas y conceptuales, está claro que están profundamente arraigadas en esos supuestos. De hecho, conceptos como movimiento social y actor colectivo producen imágenes distorsionadas del objeto de estudio, en el tema de los movimientos sociales (Estrada Saavedra y Guerra, 2012). Ocurre una operación similar cuando se aborda el tema de la organización de la protesta social. Sin embargo, muchos de estos supuestos podrían desmontarse y expulsarse del análisis, si entendemos los movimientos sociales, y especialmente la organización de la protesta, no de acuerdo con los modelos de acción social, sino como sistemas sociales o, en este caso, como organizaciones de protesta. En este caso, es necesario desvincular el análisis de los conceptos de *sujeto* y *acción* de las teorías de los movimientos sociales y reemplazarlos con *actor de ficción* y *atribución* (Luhmann, 1991; Japp, 2006). Esto último es un punto de partida que

ha conducido a una crítica radical de los principales supuestos, la coherencia interna y el poder explicativo de los modelos tradicionales. Por tanto, el desafío consiste en pensar acerca de la organización de la acción colectiva no en términos de acción y sujeto, sino en términos de comunicaciones: las organizaciones de los movimientos sociales como sistemas de comunicación. Al mismo tiempo, habría que pensar al sujeto como una “construcción comunicativa”, o como un “actor ficticio” (Hutter y Teubner, 1994). El cambio teórico implica ir más allá de la falsa oposición entre el actor y el sistema y especialmente replantear la sociedad (o asociación) en términos de comunicación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alberoni, Francesco (1984). *Movimiento e Institución*. España: Editora Nacional.
- Archer, Margaret S. (1988). *Culture and Agency: The Place of Culture in Social Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Alexander, Jeffrey C., Bernhard Giesen, Richard Munch y Neil J. Smelser (eds.) (1987). *The Micro-Macro Link*. Berkeley: University of California Press.
- Benford, Robert D. y David A. Snow (2000). “Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment.” *Annual Review of Sociology* (26): 611-639.
- Blumer, Herbert (1951). “Collective Behavior”. En A.M. Lee (ed.), *Principles of Sociology*. Nueva York: Barnes & Noble, pp. 67-121.
- Blumer, Herbert (1971). “Social Problems as Collective Behavior”. *Social Problems* 18(3): 298-306.
- Cohen, Jean L. (1988). *Teoría de los Movimientos Sociales*. San José, Costa Rica: FLACSO.
- Davis, Gerald F., Doug McAdam, Richard Scott y Mayer N. Zald (2005). *Social Movements and Organization Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Davis, Gerald F. y Mayer N. Zald (2005). “Social Change, Social Theory, and the Convergence of Movements and Organizations”. En Gerald F. Davis, Doug McAdam, W. Richard Scott y Mayer N. Zald, *Social Movements and Organization Theory*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 335-350.
- Estrada Saavedra, Marco (ed.) (2012). *Protesta social. Tres estudios sobre movimientos sociales en clave de la teoría de sistemas de Niklas Luhmann*. México: El Colegio de México.
- Estrada Saavedra, Marco y Edgar Guerra (2012). “Coda: La perspectiva sistémica para el estudio de los movimientos sociales: ¿sólo otro giro de tuerca?”. En Marco Estrada Saavedra (ed.), *Protesta social. Tres estudios sobre movimientos sociales en clave de la teoría de sistemas de Niklas Luhmann*. México: El Colegio de México.
- Giddens, Anthony (2011). *La Constitución de la Sociedad: Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu Editores.
- Goffman, Erving (1974). *Frame Analysis: An essay on The Organization of Experience*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gouldner, Alvin (1973). *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gurr, Ted Robert (1971). *Why Men Rebel*. Princeton: Princeton University Press.
- Harvey, Lee (1987). “The Use and Abuse of Kuhnian Paradigms in the Sociology of Knowledge: The Case of the ‘Chicago School’”. *Sociological Review* (35): 245-278.

- Hunt, Scott A., Robert D. Benford y David A. Snow (1994). "Identity Fields: Framing Processes and the Social Construction of Movement Identities". En Enrique Laraña, Hank Johnston y Joseph R. Gusfield (eds.), *New Social Movements: From Ideology to Identity*. Philadelphia: Temple University Press, pp. 185-208.
- Hutter, M. y G. Teubner (1994). "Der Gesellschaft fette Beute. 'Homo juridicus' und 'homo oeconomicus' als kommunikationserhaltende Fiktionen". En Peter Fuchs y Andreas Göbel (eds.), *Der Mensch - das Medium der Gesellschaft?*. Frankfurt del Meno: Suhrkamp, pp. 110-145.
- Inglehart, Ronald (1977). *Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*. Princeton: Princeton University Press.
- Japp, Klaus (2006). "Politische Akteure". *Soziale Systeme. Zeitschrift für soziologische Theorie* 12(H2): 222-246.
- Jenkins, J. Craig (1983). "Resource Mobilization Theory and the Study of Social Movements". *Social Research* (9): 527-553.
- Kornhauser, William (2008). *The Politics of Mass Society*. New Brunswick, New Jersey: Transaction Publishers.
- Kriesi, Hanspeter (1996). "The Organizational Structure of New Social Movements in a Political Context". En Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, (eds.), *Comparative Perspectives on Social Movements: Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 152-184.
- LeBon, Gustave (2007). *Psychologie der Massen*. Alemania: Rabaka-Publishing.
- Luhmann, Niklas (1991). "Die Form Person". *Soziale Welt* 42(H.2): 166-175.
- McAdam, Doug (1994). "Culture and Social Movements". En Enrique Laraña, Hank Johnston y Joseph R. Gusfield, *New Social Movements: From Ideology to Identity*. Philadelphia: Temple University Press, pp. 36-57.
- McAdam, Doug, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, (eds.) (1996). *Comparative Perspectives on Social Movements: Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings*. Cambridge: Cambridge University Press.
- McAdam, Doug y Richard Scott (2005). "Organizations and Movements". En Gerald F. Davis, Doug McAdam, W. Richard Scott y Mayer N. Zald, *Social Movements and Organization Theory*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 4-40.
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2001). *Dynamics of Contention*. Nueva York: Cambridge University Press.
- McCarthy, John D. y Mayer N. Zald (1977). "Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory". *American Journal of Sociology* 82(6): 1212-1241.
- McCarthy, John D. y Mayer N. Zald (1990). "Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory". En Mayer N. Zald y John D. McCarthy (eds.), *Social Movements in an Organizational Society: Collected Essays*. New Brunswick: Transaction Publishers, pp. 15-48.
- Melucci, Alberto (1985). "The Symbolic Challenge of Contemporary Movements". *Social Research* 52(4): 789-816.
- Melucci, Alberto (1989). *Nomads of the Present Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*. Londres: Radius.
- Melucci, Alberto (1996). *Challenging Codes: Collective Action in the Information Age*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Merton, Robert K. (1938). "Social Structure and Anomie". *American Sociological Review* 3(5): 672-682.

- Morris, Aldon (2000). "Reflections on Social Movement Theory: Criticisms and Proposals". *Contemporary Sociology* (29): 445-454.
- Oberschall, Anthony (1995). *Social Movements: Ideologies, Interests, and Identities*. New Brunswick, New Jersey: Transaction Publishers.
- Porta, Donatella Della y Mario Diani (2005). *Social Movements: An Introduction*. Blackwell: Malden.
- Ritzer, George (1975a). *Sociology: A Multiple Paradigm Science*. Boston: Allyn and Bacon.
- Ritzer, George (1975b). "Sociology: A Multiple Paradigm Science". *American Sociologist* (19): 156-167.
- Ritzer, George (1993). *Teoría sociológica contemporánea*. Madrid: McGraw-Hill.
- Smelser, Neil J. (1966). *Theory of Collective Behavior*. Nueva York: Free Press.
- Snow, David A. y Robert D. Benford (1988). "Ideology, Frame Resonance, and Participant Mobilization". En Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow (eds.), *From Structure to Action: Social Movement Participation Across Cultures*. Greenwich: JAI Press, pp. 197-217.
- Snow, David A. y Robert D. Benford (1992). "Master Frames and Cycles of Protest". En Aldon Morris y Carol Mueller (eds.), *The Frontiers in Social Movement Theory*. New Haven: Yale University Press, pp. 133-155.
- Snow, David A., Burke Rochford, Steven K. Worden y Robert D. Benford (1986). "Frame Alignment Processes, micromobilization, and movement participation". *American Sociological Review* (51): 464-481.
- Sorokin, Pitirim [1928] (1951). *Teorías sociológicas contemporáneas*. Buenos Aires: Depalma.
- Tarrow, Sidney (1998). *Power in movement: social movements and contentious politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tilly, Charles (1978). *From Mobilization to Revolution*. Nueva York: Random House.
- Touraine, Alain (1988). *Return of the Actor: Social Theory in Postindustrial Society*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Touraine, Alain (1995). *La producción de la sociedad*. México: UNAM, IIS-IFAL.
- Turner, Ralph Herbert (1964). "New Theoretical Frameworks". *The Sociological Quarterly* 5(2):122-132.
- Turner, Ralph Herbert y Lewis M. Killian (1972). *Collective Behavior*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.

Fecha de recepción: 7 de diciembre 2020

Fecha de aceptación: 22 de junio 2021